

SANDRA LORENZANO

1. Vértigo

Vértigo
 pieles
sin memoria
tú y yo
fundamos un reino
caemos
aquí
 ahora
silencio es tu nombre
nadie es el mío
tibios caracoles
 nos llaman
caemos
 aquí ahora
futuro de un pasado
anterior al primero de tus huesos
sal que deja blanco rastro
de mi lengua
 en tu vientre
tal vez
nosotras
llovemos de pronto
tormenta
sabes a mar
 a amarte
aquí ahora
saliva
 tibia tu boca
siglos
 de espera
caemos
ahora
como lluvia caemos
lloviamos
silencio es tu nombre
nadie el mío

2. Invierno en el cementerio de Middlebury

¿Por qué asombrarse de que los muertos
no nos hablen de la muerte?

Edgar Lee Masters, *Antología de Spoon River*



¿Quiénes fuimos entonces?

¿Quiénes fuimos reflejadas en las afiladas aristas del hielo?

Rodeadas de qué historias silenciosas, de qué cuerpos cubiertos de blanco.

“Spoon River”, pienso frente al paisaje ajeno

Murmullos:

La viuda de muslos protectores

El golpeador detrás de la biblia calvinista

El niño que tuvo un único verano

¿Quiénes fuimos con ellos alrededor?

Nos sentamos en la banca helada frente a un horizonte

apenas naranja

desdibujado

El niño la viuda el violento lector del libro sagrado (oh lord)

Todos los muertos son nuestros.

¿Quiénes fuimos?

Mayo 1891 – febrero 1892

Klaus: un único verano.

Podría haber sido profesor o campesino.

O soldado.

Podría haber muerto en las trincheras de 1917.

Podría haber tenido una novia sonriente y rubicunda

con un pecho en el que él llorara sus derrotas.

Una novia que ya anciana mirara cada tanto el retrato con uniforme.

Un solo verano.

“Spoon River”, pienso.

“Busca a la viuda, hijo. Busca sus caderas generosas, sus manos sabias.”

¿Por qué asombrarse? Tampoco nosotras hablamos de la muerte.

¿Quiénes fuimos ante ese atardecer perenne?
 El marido – barba pelirroja, ojos distraídos – murió en una tormenta
 destino de pescador
 “Búscala, hijo. Tiene la piel tibia, el abrazo perfumado”
 Miramos los cipreses, los nombres, las fechas.
 Tampoco nosotras hablamos de la muerte.
 Murmullos.
 Bergen 1895-1937.
 El año en que nació mi madre.
 Allá
 al sur de todos los sures.
 La azalea que alimentan sus cenizas se cubre de agua
 cuando sube el río
 Madre náufraga
 Nos contamos historias:
 los cipreses, los nombres, las fechas
 Y el hombre con traje oscuro
 levanta la mano amenazante
 “Corre grita no dejes que te alcance”
 ¿Qué versículo ordena el castigo?
 ¿Qué designio divino el golpe certero?
 La piel morada.
 Y el dolor.
 La mano amenazante.
 El libro sagrado.
 Tampoco nosotras hablamos de la muerte.
 “Spoon River” pienso frente al blanco que cubre la tierra.
 Debajo: nuestros muertos. No hay metáforas.
 Un paisaje ajeno.
 ¿Quiénes fuimos dónde fuimos otras?

3. Deshabitar la propia piel

Deshabitar la propia piel
dejarla olvidada como al descuido
sobre una silla cualquiera
 quizás allí, frente a la plaza
 donde juegan los chicos en la tarde.
Deshabitar la propia piel
y dejarla como mendiga de sí misma
pero sin llantos ni duelos excesivos
porque habrá quien la encuentre y sepa usarla
sacudirla hasta poblarla de deseo
y hacerla ondear amorosamente al viento
como antigua señal de bienvenida.
O al menos darle piadosa sepultura
los brazos en cruz, la cabeza al oriente
hasta ser barro de todos los barros.
Así sea.

4. Desde el principio de los tiempos

Una ve unos ojos
e intuye una mirada
párpados que tiemblan
pudor, heridas.
Una ve unas manos
e inventa tardes enteras
de pieles cómplices,
de caricias nuevas.
Una oye una voz
que es deseo y lengua madre
e imagina el ansia, el grito,
el primer nombre.
Y hace con prisa
la maleta de su cuerpo
para volar sobre todos los océanos
y llegar allí
donde el hogar es el propio
desde el principio de los tiempos.